

á todos los sufocados en quienes observen aquella circunstancia.

48 Sin embargo, algunos Medicos de espíritu mas libre, apelando de la decision Hipocrática á la experiencia, hallaron que aquella es falsa, no solo tomada sin excepcion, mas aun entendida con la limitacion de Galeno, de que rarisima vez dexa de verificarse. Háblo por testimonio de Sinapio, el qual refiere que muchos perros, á quienes para exâminar la verdad del Aforismo, se apretó la garganta tan fuertemente que arrojaron espuma á la boca, se recobraron y vivieron. De donde concluyo, que aun con los sufocados en quienes se note esta circunstancia, se debe tentar el sócorro arriba propuesto; y con mucho mayor motivo el espiritual de la absolucion. (a)

\*\*\*\*\*

## EL AFORISMO EXTERMINADOR.

### DISCURSO SEPTIMO.

§. I.

Este infame epíteto doy al Aforismo 52. del libro segundo de Hipócrates, de quien si dixere que quitó la vida á mas de cien millones de hombres, aun quedaré muy corto. A tan famoso homicida, justo es se haga plaza en este Teatro, donde todo el mundo vea su suplicio.

Tal

(a) Guillermo Derhan, miembro de la Sociedad Real de Londres, citado en las memorias de Trevoux del año de 1728, artic. 19, dice que hizo la experiencia de ahogar muchas veces á un Perro, y rea-

2 Tal es el Aforismo, mejor diré sentencia capital, de que hablamos: *Omnia secundum rationem facienti, si non succedat secundum rationem, non est transeundum ad aliud, suppetente quod ab initio probaberis.* Quiere decir: Quando el Medico obra en todo conforme á razon, aunque el suceso no corresponda á su deseo, no ha de mudar el modo de curacion, sino insistir ó proseguir en el que al principio juzgó conveniente.

§. II.

3 QUÁN horrible estrago haya hecho en los miseros mortales este pestilencial Aforismo, se conocerá facilmente, considerando que quantos homicidios cometieron hasta ahora los malos Medicos por su detestable contumacia en proseguir el rumbo curativo que erraron desde el principio de la enfermedad, todos fueron ocasionados de este Aforismo. Supongo que no hay Medico alguno, que al empezar á recetar, no juzgue que obra conforme á razon. Sucede á cada paso, que executando todo lo que ordena, el enfermo empeora. ¿Qué dicta aqui la luz natural? Que se mude de rumbo, ó se dexé la cura por cuenta de la naturaleza. Pero eso es lo que no hará el Medico; porque el Aforismo le manda, que obrando segun razon, prosiga, aunque el efecto no corresponda. En que obró segun razon no pone duda; y tanto mas asegurado estará de eso, quanto sea mas rudo; con que si empezó sangrando, aunque vea que executada la primera sangria se sigue decadencia en las fuerzas, ordena la segunda; y aunque executada la segunda se aumente la postracion, se pasa á la tercera.

4 Ya se ve que está clamando la experiencia, y á veces

reanimarle otras tantas, sin mas diligencia que la de soplar en su trachearteria. Esta experiencia confirma altamente lo que decimos en el citado numero, y alienta á la caridad y á la justicia, para que todos se aprovechen de estas noticias para el socorro espiritual y corporal de los ahogados, quando llegue el caso.

Tom. V. del Teatro.

L



ces claman tambien los asistentes, parientes, y amigos del enfermo contra el proceder del Medico; pero este anchorado en su Aforismo afirma que aquello es lo que conviene, que las sangrias están legitimamente indicadas, que si no se ha seguido el efecto deseado, es porque la evacuacion de sangre que se ha hecho, no fue la que bastaba para satisfacer á la indicacion; que asi se debe proseguir en ella hasta lograr el intento. No importa que contra esto se haga la réplica concluyente, de que si la evacuacion de sangre fuese el remedio indicado, ya que la primera ó primeras sangrias no sean bastantes para extirpar el mal, por lo menos habian de aliviarle en parte; lo qual no se experimenta, antes lo contrario. No importa, digo, esta réplica, porque contra todas estas baterías sirve de parapeto el Aforismo.

## §. III.

¶ Pero páse ya el Aforismo, y preguntemosle ¿dónde le consta, que en este caso cumple con él? Esto es, ¿qué principios tiene para juzgar, que empezó obrando en la cura conforme á razon? Satisfará con un texto de Galeno, ú de Avicena, ú de Valles, ú de Pedro Miguel, &c. que en tal ocurrencia ordena la evacuacion de sangre. Pero aqui de Dios, y de la razon: Lo primero, ninguno de esos Autores fue Angel, que no pudiese engañarse; si hombre como los demás, por consiguiente capaz de errar. Lo segundo, no un Autor solo, ni dos, ni quatro, ni diez, sino cien mil enseñan que el fiador mas seguro de los aciertos en la Medicina es la experiencia; y la experiencia en este caso muestra que la evacuacion de la sangre no sirve, antes daña. Lo tercero, es máxima inconcusa entre los Medicos, que *á juvantibus, & nocentibus sumitur indicatio*: esto es, que segun corresponden los efectos á los medicamentos, se debe hacer juicio de que son utiles ó nocivos. Si el remedio alivia algo al enfermo, se debe hacer juicio que es util: si al uso del remedio se sigue alguna peoria, que es nocivo. ¿Pues cómo se desatiende una máxima tan comun y tan segura de la profe-

fesion Medica, por seguir el precepto particular de uno ú otro Autor? Lo quarto, no puede tener seguridad alguna el Medico de que el texto que cita sea adaptable ú determinado al caso presente, en el qual pueden concurrir tales circunstancias que si se hallase en ellas el mismo Autor alegado no ordenaria evacuacion de sangre. De hecho cada día sucede discrepar dos Medicos en el dictamen curativo de un enfermo, negando cada uno que los textos que el otro alega, sean del caso.

## §. IV.

6 O Pondráseme lo primero, que el sentido del Aforismo no es que haya de continuar el mismo rumbo aquel Medico que erradamente juzga que obra segun razon, sino el que realmente obra segun razon. Respondo concediendo, que es asi. Mas qué tenemos con eso? El mismo Medico que yerra el juicio, hace juicio reflexo de que realmente acierta; y como él es quien decide si ha de proseguir ó no por el camino que tomó, infaliblemente se sigue del Aforismo, que prosiga errando, el mismo que empezó errando.

7 Opondráseme lo segundo, que el Aforismo se debe entender, no en los casos en que executado el remedio el enfermo empeora, si solo en aquellos en que no se observa ni mejoría ni peoria: pues en éstos puede hacer juicio el Medico de que, aunque el medicamento no haya causado aún alivio alguno, continuado le logrará: Respondo, que no ignoro que hay Medicos que entienden de ese modo el Aforismo; pero sé tambien, que son infinitos los que le entienden y practican del otro; lo que estoy harto de ver, y lamentar. Y á la verdad Hipócrates no puede menos de ser culpado de haber hablado con tanta generalidad, que su sentencia tomada á la letra es aplicable á entrambos casos. Veo que muchos aplauden la concision de Hipócrates; pero yo quisiera menos concision y mas claridad: pues por sobra de aquella, y falta de esta, se hacen pedazos los Medicos en las Aulas y en los



quartos de los enfermos, sobre si quiso decir esto ó aquello.

§. V.

8. **P**uede ser que algunos dificulten el que haya Medicos tan barbaros, que viendo que á la execucion de su receta se sigue empeorar el enfermo, continúen con ella. Pero les aseguro, que sucede esto frequentísimamente. Verdad es, que quando la peoría es poca ó poco perceptible, procuran trampearla, y persuadir con alguna sofistería, que se logró éste ó el otro fruto del remedio. Mas quando el daño es tan considerable que no se puede ocultar, se refugian al sagrado del Aforismo, *facienti secundum rationem*, que es asylo ordinario de Medicos delinquentes. Lo mas gracioso, ó lo mas desgraciado es, que quando de tal modo se agravan los síntomas, que apenas queda duda de que aquel tumulto fue ocasionado del remedio, tienen otra admirable escapatoria, que es decir, que ya lograron descubrir al enemigo. Esto ostentan como un triunfo del arte, aun quando para sí conocen el daño que hicieron; y la necia credulidad de los oyentes celebra la accion, como que fue gran industria y sabiduría sacar de la emboscada al enemigo oculto y ponerle en campaña rasa, donde le pueden acometer libremente.

9. Volviendo al Aforismo, afirmo que de qualquiera modo que se explique trayendole á alguna sana inteligencia, nunca llegará el caso de que sirva de nada. Para cuya demostracion pongamos que el Medico juzga firme y rectamente, que eligió en la curacion el rumbo que debía. Pongamos tambien que aunque no ve seguirse á la aplicacion del remedio alguna mejoría, con gravísimo fundamento espera que se logre continuando el mismo remedio. Este es el único caso en que puede tener uso el Aforismo: pero en este mismo caso el Aforismo es inutil, y pudo dexarsele Hipócrates en el tintero sin arriesgar cosa alguna; pues aunque no se hubiera escrito tal Aforismo, es claro que el Medico, en la su-

po-

posicion que se ha dicho, continuaria en el rumbo tomado.

§. VI.

10. **A** Bandonada, pues, la regla Hipocrática, por nociva en una parte y en otra inutil; la que juzgo se debe seguir en la materia presente, es la de Cornelio Celso. Este Autor, que sin duda fue de excelente juicio, tratando de lo que debe hacer el Medico quando el medicamento aplicado no logra el efecto que se intenta, resuelve de este modo: *Oportet itaque, ubi aliquid non respondet, non tanti putare Auctorem, quanti agrum; & experiri aliud, atque aliud, sic tamen, ut in acutis morbis cito mutetur quod nihil prodest; in longis, quos tempus ut facit, sic etiam solvit, non statim condemnetur si quid non statim profuit; minus verò removeatur, si quid paululum saltem juvat, quia profectus tempore expletur* (lib. 3. cap. 1).

11. Esta regla infiere una práctica totalmente opuesta á la que se deduce del Aforismo Hipocrático. Dice, que quando al medicamento aplicado no corresponde el efecto deseado, se pase á experimentar otros remedios distintos; porque el Medico debe apreciar mas la vida del enfermo, que el precepto del Autor por quien se gobernó para la aplicacion del remedio. Divinamente advertido; pero rara vez practicado por los malos Medicos, cuya rudeza está tan dominada de una ciega veneracion por el Autor ó por la Escuela que siguen, que ni aun la muerte puesta delante de los ojos es poderosa para desviarlos de sus preceptos.

12. Añade luego, que debe hacerse distincion entre las enfermedades agudas, y las crónicas: que en aquellas se abandona al instante el medicamento que nada aprovechó, porque siendo tan executivas, no debe perderse un momento; pero en las crónicas, porque conceden mucho mayores treguas, no se condene luego el remedio á quien no se siguió prontamente el alivio. Parece quiere decir, (y es razon legitima) que como las enfermedades crónicas son perezosas en su aumento, lo son tambien en la de-

Tom. V. del Teatro.

L 3

cli-



clinacion: asi los remedios obran en ellas muy lentamente: por lo qual, aunque aprovechen, hasta que pase algun tiempo es imperceptible el alivio. Concluye con que no se abandone el remedio que aprovecha algo, por poco que sea.

13 Todo esto es dictado por la recta razon: todo dirige á una práctica prudente y segura: nada dexa al arbitrio de un Medico ignorante, ó presuntuoso, ó alucinado, al paso que el Aforismo Hipocrático constituye por unica regla para abandonar ó continuar el remedio, la aprehension del Medico de que fue su eleccion oportuna, la qual aprehension en ningun Medico falta; y en los mas ignorantes es mas fixa y tenáz. Confieso, que no quiso Hipócrates que el Medico que eligió mal, pero falsamente aprehende que eligió bien, prosiga por donde empezó. Pero aunque él no quisiese eso, puesta la regla que puso, es preciso se siga eso.

## §. VII.

14 **N**O faltarán quienes den tal sentido al Aforismo Hipocrático, que de él no se siga ese inconveniente; pero será la explicacion violenta y contraria á la letra. ¿Y qué haremos con que uno ú otro Medico le den esa explicacion, si los demás no la admiten, antes toman el Aforismo como suena? Es Hipócrates Oráculo de los Medicos; pero Oráculo como los del Gentilismo, cuyas respuestas ambiguas tomaba cada uno como queria. Este Autor dice, que aquel no entiende á Hipócrates; y aquel dice lo mismo de este. Parece, que traduciendo á Hipócrates del Griego al Latin, le pusieron mas Griego que estaba antes.

15 Quéde salvo sin embargo su honor á Hipócrates, que le es muy debido. Dexónos este grande hombre copiosísimo aparato de excelentes preceptos, especialmente en la parte prognóstica. Culparle porque haya errado en algunos, es acusarle de que fue hombre. La obscuridad que hallamos en otros, acaso no es tanto suya como nues-

tra. No quedó obra de aquella y aun de algo menor antigüedad, que no padezca la misma desgracia. La traduccion siempre quiebra algo la fuerza expresiva del original. Lo principal es, que el discurso del tiempo altera considerablemente dentro del mismo idioma la significacion de muchas voces, de que pudiera mostrar innumerables exemplos en las Lenguas Latina, y Española.

16 Asi me parece totalmente agena de razon la ponderacion que hace de la obscuridad de Hipócrates el Doctor Bravo de Sobremonte, solo á fin de engrandecer á Galeno. Dice, que es la doctrina Hipocrática tan obscura, que hasta que Galeno vino al mundo casi ninguno la entendió. (Tyrocín. Pract. sect. 3, cap. 3). Lo peor es, que añade, que de intento envolvió Hipócrates en estas tinieblas su doctrina como cosa divina, que debia ocultarse en el sagrario. ¡Qué extravagancia! Ciertamente, que es dignísimo de alabar su zelo, si quiso que su doctrina por escondida, quedase inutil hasta que viniese al mundo un ingenio de aquellos tan portentoso que apenas se logra uno en cinco ó seis siglos, qual pretende el Doctor Sobremonte haya sido el de Galeno. De hecho desde Hipócrates á Galeno pasaron seiscientos años, poco mas ó menos; y todo este tiempo nada ó casi nada sirvió la doctrina Hipocrática al mundo (segun la sentencia de Sobremonte), por haberla ocultado su Autor en el sagrario, como cosa divina.

17 Si alguno quisiere saber, por qué llama el Doctor Sobremonte cosa divina á la Medicina Hipocrática, lo hallará explicado con otra extravagancia mayor del mismo Autor en su Disputacion Apologética por la Medicina Dogmática, sect. 1. resoluc. 8. §. 5. donde afirma, y prueba con autoridad de Arnaldo de Villanova, que Hipócrates, y Galeno adquirieron el Arte Medico por divina revelacion. El texto de Villanova es formalísimo: *Quibus (Hipócrates, y Galeno) Medicinam divina concessione veraciter, & perfectè novimus esse revelatam.* A tanto llega la supersticiosa veneracion que á su Hipócrates, y su Galeno profesan los Medicos de la Escuela comun. Pero esto



mismo debe servir de excitativo para que los que tienen los ojos abiertos, exâminen con mas atenta reflexiôn la doctrina de esos dos Maestros; pues discipulos tan ciegamente apasionados no dificultarán elevar á infalibles mysterios los mas palpables errores.

\*\*\*\*\*

## DIVORCIO DE LA HISTORIA, Y LA FABULA.

### DISCURSO OCTAVO.

#### §. I.

1 **P**erniciosa es en el mundo aquella máxîma trivial de que siempre la mentira es hija de algo; porque autoriza la ficción, atribuyendola un ilustre nacimiento en la cuna de la verdad. Suponen los que la siguen, que no hay error alguno que no tenga poca ó mucha mixtura de realidad, y que la fábula siempre se fabrica sobre el cimiento sólido de alguna verdad histórica.

2 La experiencia y la razon militan contra este vulgar apotégma. La experiencia, porque á cada paso se ven embustes que unicamente deben su origen á la malicia del que los profiere. ¿Qué fundamentó tuvo la muger de Putifár para atribuir un infame atrevimiento al casto Joseph? ¿Qué mezcla de verdad hubo en la acusacion intentada por los dos lascivos viejos contra la inocente Susána? Pero ocioso es repetir exemplares de lo que á cada paso encuentran los ojos y los oidos.

3 Si se consulta la razon, se hallará que quien finge la mi-

mitad del hecho, facilmente podrá fingir la otra mitad. ¿Qué mas dificultad envuelve para la invencion una parte, que la otra de la fábula? ¿O qué necesidad tiene de buscar materiales prestados de un suceso verdadero, quien posee una fecundísima mina de ellos en su fantasía? Los Lógicos dicen, y dicen bien, que hay unos *Entes de razon* con fundamento real, y otros sin él. Lo mismo se debe aplicar á las fábulas. Hay muchas, que por un lado estrivan en algun hecho verdadero; y muchas tambien en quienes el hierro es puro, sin mezcla alguna de plata ú oro.

#### §. II.

4 **E**sta imaginacion de que la mentira siempre está mezclada con alguna verdad, de quien tomó principio, no solo está apoderada del Vulgo, mas tambien se hizo lugar entre muchos sábios; los quales extendieron la máxîma aun á aquellas verdades y mentiras que mas distan entre sí; esto es, á las verdades reveladas, y errores opuestos á ellas. Pretenden éstos, que todas las fábulas del Gentilismo tuvieron su principio en los sucesos que refiere la Escritura; ó que no son otra cosa dichas fábulas, que las mismas Historias sagradas alteradas y corrompidas.

5 Inmensa es la erudicion que se ha gastado en este asunto. Pedíala sin duda la arduidad del empeño; pues era necesaria una gran lectura de casi todos los Autores profanos, para entresacar de ellos todas las circunstancias en que se encontrase alguna alusion entre las fábulas y las historias, y un profundo conocimiento de las lenguas Orientales, para buscar por medio, ú del significado ú de la etymología, la conformidad de los nombres de los héroes, ú Deydades del Gentilismo con los de los Personages de la Escritura. Uno y otro se executó por sugetos extremamente hábiles, como el Obispo Huet, el Padre Tournemine, Samuel Bochart, Nicolás Burtlero, Heinsio, Vosio, y otros. Pero todo fue cultivar con grande afán una tierra que no podia producir sino flores: quiero decir, que todas las fatigas de estos grandes hombres sirvieron á ostentar su

in-